



Joan Fuster

¿OTRA NUEVA EDAD MEDIA?

Pendientes de un hilo

15/05/2022 05:00

(Este artículo se publicó en 'La Vanguardia' el 25 de diciembre de 1973.).

Puede que, precisamente ahora, el libro de Roberto Vacca adquiera una oportunidad singular. Se titula «Medio Evo prossimo venturo». Y digo que quizá sea más útil de lo previsto, porque los acontecimientos de las últimas semanas empiezan a crear extrañas confusiones, y el papel en cuestión serviría para disiparlas. El súbito clima de catastrofismo en que nos vemos metidos suele ser interpretado, en general, a través de unas cuantas anécdotas espasmódicas: la crisis energética —con los moros al fondo—, la inflación y alguna otra cosa por el estilo. Parecería que sólo se tratase de una mera desventura coyuntural, susceptible de remedios a la corta o a la larga. Un arreglo en el conflicto árabe-israelí nos devolvería el petróleo nuestro de cada día, por ejemplo, y todo tendería a ser como antes. Y un reajuste monetario, de prestidigitación financiera Internacional, frenaría el desconcierto económico con sacrificios mínimos. Etcétera. La confianza en los recursos del tinglado tecnológico —y, claro está, el deseo de no privarnos de sus ventajas— nos induce a creer en soluciones prontas y afectuosas. Vacca había denunciado o diagnosticado otros males, distintos y más profundos, y, sobre todo, nada circunstanciales. Su tesis es que, por una fatalidad interna de sus estructuras, las sociedades superindustrializadas están condenadas al colapso, y que bastaría un accidente cualquiera para provocar la calamidad...

Un buen día —un mal día—, en los Estados Unidos, se produce un embrollo de circulación, pongamos que por la nieve, o por otra vicisitud cualquiera, y se retrasan los trenes y se dificultan las carreteras.



Miniatura de Pierart dou Tielt (Tournai, c. 1353) que ilustra cómo la gente de Tournai (Bélgica) enterraba a las víctimas de la peste negra, que asoló el continente europeo. (Terceros)

Los empleados de un gran aeropuerto que han de entrar al trabajo no llegan al tiempo del relevo, y los del turno anterior aguantan en su sitio. Estos, con el agobio y la fatiga, flojean en sus funciones. Su descuido «permite» un choque de dos aviones. Los cuales caen sobre una línea eléctrica de alta tensión que alimenta a otras muchas. El resultado es un «black out» como el que años atrás sufrió Nueva York, pero esta vez más drástico, y dura varios días. Se paran los ascensores, el metro, los electrodomésticos, las máquinas de las fábricas y de los hospitales. La gente se crispa, empieza a desesperarse. Los embotellamientos impiden el regreso a casa, y los

teléfonos no resisten la carga de tanta alarma. Para mitigar el frío, alguien improvisa una hoguera en cualquier parte, y se provocan incendios, que los bomberos no consiguen sofocar, paralizados entre el tráfico paralítico. Se agotan las velas para mitigar la oscuridad. Y los alimentos. Los vecinos asaltan las tiendas. La violencia se impone, y cada cual saca el arma de fuego que tiene a su alcance —millones y millones— para agredir o defenderse. Partos y agonías quedan arrollados por la vorágine. Hay quien muere de frío y quien muere de hambre, y, naturalmente, mueren los que estaban a morir...

Será innecesario continuar. Vacca todavía añade al cuadro algunos rasgos depresivos. En aquel Cafarnaúm, la autoridad se desvanece, y aunque el ejército toma el poder de emergencia, su ineficacia —o su inermidad— es total. Y luego, cuando llega a serenarse el asunto, multitud de cadáveres insepultos en la ciudad y en el campo, propiciarán epidemias espantosas, comparables a la peste negra del siglo XIV... Es el dintel de la «Edad Media» augurada. ¿Exageración desafortunadamente macabra? Es muy posible que no. Ciertamente Vacca carga las tintas, a base de apretar las coincidencias. Pero eso, en

última instancia, sólo sería una caricatura, que, si deforma la realidad, está lejos de traicionarla. Las infinitas «interdependencias» de que somos beneficiarios —y, por lo que se ve víctimas—, al desencajarse, nos abandonarían a un estado increíblemente penoso. Los peligros saltan a la vista, de vez en cuando, en medio de las plácidas inercias todavía «controlables». Volvamos a recordar el apagón neoyorquino, ya famoso por sus consecuencias demográficas, y fue un episodio suave. Como suaves son las molestias de una acumulación callejera de basuras, tras una huelga del ramo. Y, Dios nos coja confesados, si por cualquier motivo la industria química deja de abastecer las farmacias. El «establishment» en estos casos, todavía cuenta con dispositivos de reacción o de suplencia. Pero ¿y si?...

Lo que importa, aquí, es el subrayado de la endeblez que caracteriza al conjunto de nuestras plataformas de supervivencia. Cabrá reprocharle a este enfoque la desenvoltura con que prescinde de factores de fondo, no estrictamente «técnicos» o «tecnológicos». Habría mucho que hablar acerca de ello. Pero, en todo caso, su parte de verdad, su gran parte de verdad, no admite réplica. Propendemos a descartarla: es la táctica del avestruz. Tenemos la seguridad de que nada fallará, o de que los fallos más apreciables, a lo sumo, serán menores y subsanables sobre la marcha. Nadie nos garantiza tanto optimismo. Por lo menos, casi nadie se ha preocupado de alertarnos contra una euforia



El puente de Brooklyn lleno de ciudadanos que intentan volver a sus casas a pie tras el apagón del 14 de agosto de 2003 en Nueva York (Propias)

desproporcionada. Y si alguien lo hizo, se le recusó como aguafiestas. Bien mirado, las clásicas críticas, a la «sociedad industrial» —y no digamos a la «súper» o «post» industrial— han sido siempre proyectadas desde ángulos ideológicos: en nombre de principios solemnes, éticos o estéticos. Sólo en tiempo muy reciente han prosperado las reservas y hasta las reticencias basadas en razones serias: la higiene, la salubridad en general. Esto ya significaría algo. Pero la polución del ambiente, los desastres ecológicos, el «surmenaje» o el «stress», las neurosis, aún ofrecían la perspectiva de hallar adobo o enmienda, mediante trucos en la propia

tecnología, dispuesta, a corregir sus errores o sus excesos. La «confianza» continuaba intacta. Hoy descubrimos el engaño: el autoengaño-

Lo vamos descubriendo, a medias. Es lo que apunté al principio: preferimos creer —¡creer!— que las contrariedades actuales si bien desarticulan el «equilibrio» a que estábamos acostumbrados, son cosa pasajera. Con todo, han servido para demostrar que el engranaje podía atascarse lúgubrementemente, a la primera ocasión. En principio, nos limitamos a tomar nota del peligro. Le echamos la culpa a un cualquier «elemento» exterior: las presuntamente provisionales mermas de energía, los abusos o el desorden de la producción, la siniestra campechanía del dinero fácil, o lo que sea. Juntas o por separado, estas incidencias podrían prender la chispa que haría estallar, el artefacto; el equivalente de la casualidad inicial en la vistosa «historia-ficción» de Roberto Vacca. Pero lo cierto es que el defecto reside en la estructura misma del «sistema». Conviene tenerlo presente. Y no para renunciar a las bondades de la tecnología. Son irrenunciables, y no hay alternativa, como no sea, no ya la Edad Media, sino la caverna o la selva. Parece que Vacca se inclina a imaginar el desmantelamiento de aquellas ventajas. ¿Será inevitable?... Una actitud frente al tema sería la de procurar un aplazamiento de la desgracia. Otra, más sensata, consistiría en ir buscando fórmulas de sustitución, que disminuyan los riesgos sin perjuicio de lo demás. Ignoro qué posibilidades habrá en este sentido: planificadas o no. En todo caso, ya sabemos de qué mal hemos de morir... Lo cual tampoco es un consuelo.